

ANNETTE
CHRISTIE

Amor a segunda vista

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Esta edición se ha publicado mediante acuerdo con Little, Brown and Company, New York, New York, USA. Todos los derechos reservados.

Diseño de cubierta de Kirin Diemon
Ilustraciones de cubierta de Getty Images
Cubierta © 2023 Hachette Book Group, Inc.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2023 by Alloy Entertainment, LLC
© de la traducción: Pilar de la Peña Minguell, 2023
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)
Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-18945-89-2
Depósito legal: M-25.208-2023
Printed in Spain

*A mi madre, que siempre me ha ofrecido
un sitio seguro donde aterrizar.
Y a mi padre, que me recuerda que
«también pasan cosas buenas».*

CAPÍTULO UNO

Saber señalar con exactitud en qué momento tu vida se ha ido a la mierda produce un extraño placer. Coger un episodio fallido de tu existencia y colocarlo en la vitrina de la memoria para contemplarlo en los momentos de bajón, en esas tardes lluviosas de domingo en las que escuchas en bucle el *In the Wee Small Hours of the Morning* de Sinatra, o en plena noche, cuando el insomnio es tu único amigo y, la verdad, está siendo un poco cabrón. O, quizá, cuando estás a puntito de cometer otro gran error y te da que no lo vas a poder evitar.

Al menos eso le pasaba a Layla Rockford. Y, en aquel momento, su apartamento era un enorme recordatorio de todo lo que había perdido. De «él». Temía estar allí tanto como anhelaba sus comodidades de escondrijo. Sin embargo, allí era adonde se dirigía, si conseguía escapar de aquel trozo de acera de Seattle atestado de gente, porque en aquella época, cuando salía de trabajar, no tenía otras alternativas. No soportaba estar en un restaurante rodeada de parejitas. Ni en un bar rodeada de parejitas. Hasta en las cenas dominicales en casa de sus padres estaba rodeada de parejitas, razón por la que había pasado de ir las dos últimas semanas.

Apretó el paso y empezaron a picarle las piernas con los pantalones de lana que había decidido ponerse esa mañana. En su esplendor original, iban forrados de raso. Cuando los había comprado en su tienda retro favorita de Belltown, al ver medio deshecha aquella seda rosa tan lustrosa, se había prometido reemplazarla ella misma, pero aún no lo había hecho. Juró para sus adentros que, en cuanto llegara a casa, se los quitaría y los tiraría al fondo del armario.

Sorteó a una pareja de adolescentes que se daban el lote bajo el toldo de una cafetería y le dio un brinco el corazón. Pensar en Ian era como tocarse un cardenal: la asaltaba de inmediato una especie de dolor sordo que conocía bien. Esquivó a un hombre trajeado que iba en *segway* y se volvió a mirar cómo le aleteaba la coleta por detrás. Ian llevaba la cuenta de las veces que se cruzaban con aquel tipo. De haber estado allí, la habría mirado con ojillos chispeantes y le habría dicho por lo bajo: «Doce». Se lo imaginaba perfectamente: aquel hoyuelo solitario y travieso acompañando a su sonrisa y el pelo rubio alborotado por la brisa costera. Ella le habría recordado que habían quedado en que, cuando llegaran a veinte, harían una ruta con Seattle Segway; Ian, riendo, habría protestado y dicho que él jamás había accedido a semejante cosa, y Layla le habría cogido la mano... No sabía por qué seguía contando. La cifra ya daba igual.

Por fin llegó al edificio donde estaba su apartamento: quince plantas de ladrillo elevándose una sobre otra hacia el cielo encapotado. Suspiró, entró al portal con la lla-

ve-tarjeta y cogió el ascensor (que hacía un ruido inquietante, pero no tanto como para ir en busca del conserje) hasta el octavo, evitando mirarse al espejo. Salió, abrió la puerta de su casa y suspiró hondo.

Su vivienda era un lugar que su mejor amiga, Pearl Kaes, calificaba de «museo» (al menos tiempo ha, cuando Layla acostumbraba a quitar el polvo y pasar el aspirador regularmente), y no solo porque estuviera impoluto, sino porque todo lo que había en él se encontraba escrupulosamente comisariado y expuesto. Lo había conseguido con la colaboración de Ian.

Para que pareciera que había separación entre el dormitorio, el salón y la cocina, la había ayudado a instalar unos preciosos biombos antiguos adquiridos en un rastrillo; biombos que, en ese momento, estaban cerrados y apoyados en la pared del fondo de forma que Layla pudiera ver la tele desde la cama sin problema. También le había sugerido que colgara el espejo grande de marco *art déco* junto al pasaplatos para que diera sensación de espacio donde, la verdad, no lo había. Además, reflejaba la luz procedente de la única ventana de la cocina. Un ideón.

Últimamente, el espejo estaba tapado por notas adhesivas de múltiples colores decoradas con autoafirmaciones. Y el «museo» parecía saqueado: había ropa tirada por todos los muebles; una montaña de correo inundaba la consola de la entrada, situada estratégicamente junto a la puerta; presidían la mesita de centro un frasco de crema de cacahuete y otro de Nutella, cada uno con una cuchara clavada dentro, y uno de mermelada de frambuesa

para el que, por desgracia, ya había tenido que tirar de tenedores.

Primero lo importante. Sacó de su funda el vinilo de los grandes éxitos de Ella Fitzgerald y estaba a punto de posar la aguja en el disco cuando le sonó el teléfono. Al ver «Mamá» en la pantalla experimentó una avalancha de sentimientos encontrados que ya le era familiar. Llevó el brazo del tocadiscos a su posición de reposo y activó el manos libres. Tiró el bolso a la cama y luego se tiró ella, de bruces, sobre el colchón, y, pese a lo incómodo de la postura, trató de quitarse los molestos pantalones.

—Hola —dijo, volviendo de lado la cabeza para que las sábanas arrugadas no le ahogaran la voz, y procuró sonar más animada de lo que estaba.

—¡Ay, mi niña!

Por muy a menudo que Layla hablara con Rena, su madre siempre la saludaba como si acabaran de reencontrarse tras una tremenda tragedia. Sin embargo, ese día el entusiasmo de su madre parecía forzado, y eso le despertó a Layla su habitual complejo de culpa.

El gato atigrado naranja de Layla, Deano Martini Rockford, salió de la cocina, se subió ronroneando a la cama y se le instaló en el trasero. Genial: ya no se quitaba los pantalones. Lo había adoptado después de independizarse (por segunda vez) porque, para sorpresa suya, se había sentido solísima y, al verlo en la página web del refugio del barrio, había parecido que también estaba solísimo. ¿Cómo iba a saber que tras aquellos ojos grandes y tristes acechaba un misántropo manipulador que exigía cariño en condiciones impredecibles?

—¿Qué tal tu día, mamá? —logró decir al fin—. ¿Te has convertido ya en mecenas del próximo Jerry Lee Lewis?

Rena era profesora de piano a tiempo parcial, una santa capaz de pasarse el día oyendo a un puñado de críos aporrear sin gracia el instrumento y, aun así, pasarles el brazo por los hombros y decirles que iban mejorando. Había intentado enseñar a su hija de pequeña, pero ella no tenía paciencia para ensayar. Prefería bailar claqué alrededor del piano inventándose letras para las canciones que su madre interpretaba.

—¡Qué horror! —contestó Rena—. Sabes tan bien como yo que Jerry Lee Lewis era un perverso.

Layla soltó una carcajada de sorpresa, algo estrangulada por el nudo permanente que tenía en la garganta. Deano, irritado por aquella perturbación, soltó un maullido malhumorado y se bajó de la poltrona. Su protesta sonó como el descontento de un fumador empedernido. Después la miró con desprecio desde su nuevo emplazamiento en el suelo, junto a la cama.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó su madre con una preocupación que Layla conocía bien (por eso le fastidiaba) y que agravó su angustia.

Habiéndose librado de Deano, Layla consiguió quitarse los pantalones de lana. Sin bajarse de la cama, enganchó con la punta del pie unos de chándal que tenía cerca, dobló la rodilla, los tiró a la cama, donde pudo cogerlos sin problema, y bajo la mirada desdeñosa del gato, se los puso.

—Ajá —contestó, por miedo a abrir la boca y que se le escapara un sollozo embarazoso. Desesperada por cam-

biar de tema, añadió—: El tipo ese ha vuelto a entrar en el teatro.

—¿Qué tipo?

¿Eran imaginaciones tuyas o Rena andaba algo distraída?

—El que se toma una copa en Mowery's todos los días...

—Pero a veces se confunde de puerta —terció Rena—. ¡Madre mía! ¿Qué ha interrumpido esta vez?

Layla trabajaba en Northwest End, una compañía de teatro, pequeña aunque asentada, del centro de Seattle. Llevaba una eternidad contentando a un público reducido pero fiel, a una reseña genial de entrar por fin en la animada escena cultural de Seattle... o a una reseña terrible de apagar los focos, solo que preferían no pensarlo. Oficialmente ella era la adjunta a la gerencia, pero la mayoría de los días se sentía como un extintor humano. Los fuegos solían ser metafóricos, salvo el de la fiesta del elenco del año anterior, cuando un actor decidió demostrarles a todos lo inflamable que era la leche en polvo que le echaban al café. Conclusión: mucho. La leche en polvo era muy inflamable. Por suerte, Layla era la encargada de la revisión anual de los extintores de verdad y sabía dónde encontrarlos.

—Estábamos desmontando un decorado —contestó Layla— y, cuando se estaban llevando las paredes, ha entrado el tío y se ha puesto a berrear: «¿Dónde cojones está el bar?». —Rena rio por lo bajo. Consciente de que su madre era su mejor público (y el único en aquellos momentos), Layla se sentó en la cama y continuó—. He tar-

dado diez minutos en convencerlo de que la suya era la puerta de al lado.

—Se habrá sentido aliviado cuando haya conseguido llegar... —Hubo una pausa y se oyó una conversación de fondo—. Tu padre quiere saber cómo está Deano.

—Igual que siempre. Dile que lo echa de menos.

Aunque apreciaba inmensamente la adoración mutua que se tenían su padre y su gato, cuando su empeño por fingirse bien empezó a flaquear, se le desdibujó la sonrisa. Como si lo hubiera notado, Rena le preguntó:

—¿Qué tal estás de verdad? Has faltado a las dos últimas cenas familiares.

—Lo siento, es que he tenido mucho lío —mintió Layla, y las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta.

Lo cierto era que no podía ir porque eso significaba sentarse a la mesa con sus cuatro hermanos y sus parejas, lidiar con preguntas crueles sobre por qué Ian había roto con ella (por enésima vez: no tenía ni idea) y que sus padres vieran lo triste que estaba y empezaran a preocuparse otra vez por su «inestabilidad emocional». Así que había preferido ausentarse, quedarse en casa, beber a morro un chardonnay barato y pasar la velada con el cascarrias de Deano.

—Pues te echamos de menos —la importunó Rena—. ¿Puedo ofrecerte voluntaria en Northwest End para aliviarte un poco el trabajo? O igual necesitas que te ayudemos con los gastos un tiempo...

A Layla se le encendieron las mejillas de vergüenza. El fantasma de las dificultades económicas nunca dejaba de

perseguirla. Se toqueteó el esmalte cuarteado de la uña y le dijo al gato muy bajito: «¿Tú te crees?». Deano no daba crédito. Aun así, gracias al chardonnay barato del domingo, Layla había hecho unas compritas por internet.

—Voy bien —dijo tajante, escondiendo de una patada debajo de la cama dos cajas de botas de gogó adquiridas recientemente y un sombrerero que contenía un tocado de los años cuarenta—. El trabajo, bien; la economía, bien; todo bien. —Se hizo un silencio incómodo—. Tengo que ir a ponerle la comida a Deano —dijo Layla por fin, mirando al gato, que maulló en respuesta.

La condenada criatura apenas sabía cómo se llamaba, pero conocía bien las palabras «comida», «comer» y, algo de lo más desconcertante, «frangipane» (esta gracias a *Bake Off UK*). Si no le sacaba el pienso al segundo de decir alguna de aquellas palabras, le daba un ataque.

—Vendrás a cenar el domingo, ¿verdad? No faltarás tres semanas seguidas, ¿no?

—Allí estaré —contestó Layla, repasando las excusas razonables a las que recurriría llegado el momento.

Rena soltó un sonoro suspiro de alivio.

—¡Cuánto me alegro! Que tengas buena semana, cariño. Hablamos pronto.

—Sip. Tú también.

Layla reunió las fuerzas justas para volver al tocadiscos y poner a Ella a cantar. Luego salvó la escasa distancia que la separaba de la cocina, llenó el cuenco de Deano y empezó a abrir armaritos al azar, fingiendo que decidía lo que iba a hacerse para cenar, pero consciente de que terminaría comiéndose una de aquellas pizzas congeladas

que llevaban la cara de Paul Newman en la caja (aun estampado en cartón, el tío sabía que tenía a la guapísima Joanne, el cabronazo enamorado).

Al esquivar a Deano camino de la nevera, tropezó con una sandalia de terciopelo verde azulado que, por lo visto, el gato había sacado del armario y, sin quererlo, recordó la noche en que su vida había pasado del blanco y negro al tecnicolor.

Se fijó en Ian Barnett por primera vez un día que llevaba esas sandalias, en Winston and Tux, un elegantísimo bar de azotea con vistas a South Lake Union. Tras reparar en él, el alto, rubio, guapo y sonriente Ian, Pearl la desafió a que se lo ligara sin decirle ni una palabra, pero Layla acababa de abandonar por segunda vez la casa de sus padres en Bellevue, mejorado su situación económica, pasando de los horrores de la deuda de las tarjetas de crédito al temor discreto y más sigiloso del simple préstamo estudiantil, y aún tenía el corazón demasiado magullado para romanticismos. Estaba a punto de recordarle a Pearl que no buscaba novio cuando dos individuos empezaron a empujarse, peligrosamente cerca de la barandilla, salpicando cada embestida de palabras como «tío», «¿qué?» y chillidos de «¿Me andas buscando? ¿Te va la marcha?».

—Igual habría que largarse de aquí —propuso Pearl, cambiando el chip. Le aburría hasta el más mínimo tufillo a conflicto tóxico entre machos alfa.

A Layla tampoco le apetecía ser testigo de ninguna barbaridad, pero, en aquel momento, tenía los pies, hundidos en aquellas sandalias sesenteras de color verde azulado que tantísimo le gustaban, clavados al suelo. No

podía quitarle los ojos de encima al desconocido alto de Pearl, que de pronto había intervenido para separar a los dos primates.

Bajo el resplandor de las lámparas de globo colgadas del techo, vio que aquel pelo repeinado era más rubio ceniciento que dorado y comprobó que el alto tenía una mandíbula tan perfecta que podría haberla esculpido el mismísimo Zeus.

Además de su aspecto de modelo de Instagram, le impresionaron sus ademanes: la forma en que se hizo con el control de la situación, hablando con autoridad hasta que los machitos se mostraron lo bastante sumisos. Cuando el guapo desconocido por fin se apartó de aquellos tipos, Layla y él se miraron a los ojos. Sus deudas, sus preocupaciones, su empezar de cero... Todo dejó de importar. Enseguida supo que aquel era su destino.

Pearl se recostó en el asiento.

—A por él —le susurró.

Layla hurgó en el bolso y sacó el bolígrafo que se había llevado sin querer la última vez que había ido al banco. Como en trance, agarró de la mesa un posavasos de cartón medio empapado y garabateó en él «Gracias por librarnos de una pelea entre machirulos; eres un héroe», seguido de su número de teléfono. Se acercó al rubio a grandes zancadas, más sexi y decidida que en sus veintiséis años de vida, le puso el posavasos en la mano con un apretón suave y dio media vuelta.

Fue como si se detuviera el tiempo en la sala: la multitud alborotada se apartó para dejarla volver a su mesa con elegancia. Al llegar a Pearl, Layla soltó la respiración

que había estado conteniendo y perdió la sonrisa lo justo para susurrar furiosa: «Vámonos antes de que me haga pis encima». Su amiga rio, encantada y orgullosa, y agarró los bolsos.

Ian la llamó al día siguiente y le propuso ir al Bite of Seattle, el festival culinario de verano. Si en el bar la había fascinado, en el festival la embobó por completo. El sitio estaba abarrotadísimo, y él se ofreció a cogerla de la mano desde el principio para que no se perdieran el uno al otro. Notó un cosquilleo en la palma cuando su piel entró en contacto con la de él. Aquel chico era todo lo que sus ex no habían sido: considerado, atento, amable... Con él se sentía a salvo.

Habían pasado casi dos años maravillosos juntos, pero hacía dos semanas todo se había ido al garete de repente. Habían ido a un restaurante italiano chiquitín a tomar la cena favorita de Layla: el postre. Ella tendría que haber notado que pasaba algo. Ian apenas tocó el tiramisú y tan solo hundió la cucharilla en el helado. Por lo general, consultaba el correo electrónico en cuanto había una pausa en la conversación (trabajaba en finanzas y sus clientes eran implacables), pero no miró el móvil ni una vez. No miraba nada, de hecho. «Querrá desconectar esta noche —recordaba haber pensado Layla—. ¿Quién no quiere desconectar una noche?»

Pero cuando ella metió el coche en el aparcamiento sombreado por árboles del edificio de Ian y ocupó una de las plazas para visitas, él se volvió hacia ella, muy serio. En vez de sonreír y pedirle que subiera, como hacía siempre, se limitó a decir:

—Te quiero, Layla, y me ha encantado estar contigo.
—Se frotó los ojos y luego la barbita de última hora del día—. Pero llevamos ya mucho tiempo intentando cuadrar jornadas y seguimos sin vernos apenas. Yo trabajo muchísimas horas y tú tienes un horario disparatado. ¿No te parece que estamos forzando la situación, que esto no debería ser tan complicado?

Le avergonzaba recordar cómo le había temblado la barbilla (por lo menos un tres en la escala Richter) al responder:

—¿Estás rompiendo conmigo porque no me ves lo suficiente? ¡Qué absurdo!

Él se disculpó, le dio la razón, pero no cambió de parecer. Bajó del coche, recolocó con cuidado el cinturón de seguridad y, en voz tan baja que ella consiguió convencerse después de que habían sido imaginaciones suyas, dijo: «¿Qué estoy haciendo?». Luego cerró la puerta del vehículo.

En el silencio absoluto que dejó a su espalda, Layla se quedó sin aliento y sin habla, y allí estaba, dos semanas después, en la misma situación.

Cogió la sandalia verde. Se le pasó por la cabeza tirarlas por la ventana. Pensó también en buscar la otra, envolverlas con cuidado en papel cebolla y donarlas a una tienda de segunda mano. Pensó en hacer una foto y colgarla en internet, a modo de baliza para el que se le escapó. Al final, volvió a guardarla con delicadeza en el armario.